**Carlos Peixoto de Abreu Lima**

Primer habitante de la familia Abreu Lima en Montevideo (el pasaporte suyo, que tengo en mi poder, fue expedido para viajar a Montevideo cuando Carlos tenía 16 años, en 1863). Traía consigo una carta de su padre a Rocha Faria, fechada en Bahía el 3 de diciembre de 1863, que dice: "Eu muito estimo que estejas no gozo de perfecta saude cheia de muitas felicidades a par de vossa digna consorte, a quem muito me recomendo e saudo, e de vosos filinhos penhores os mais caros de vosso coraçao. Vossa Mai e eu annimado ao vosso pedido chamando ao vosso Irmao Carlos para vossa companhia afim de o admittindes a independente carreira do Comercio. Ahi vai, o vos entrego, fazei as minhas vezes, elle vos obedecera como a nos mesmos segundo nossos conselhos e admonestaçoes. Espero que desempenhará suas obrigaçoes e nao degenerará dos seus antepassados e nem se afastará da educaçao e doutrina com que tem sido alimentado desde o berço. Assim seja para gloria e satisfaçao de nos todos. A Deus Dispom D. vosso Pai e Amigo de coraçao".

El médico alemán Brendel, que residió en Montevideo, cuenta que "un distinguido y joven brasileño, Peixoto, socio de una de las primeras firmas brasileñas, estaba a punto de morir debido a la fiebre escarlatina.

 Los médicos consultados lo dieron por perdido y para aliviar su muerte le suministraron una fuerte dosis de Chloral. Cuando lo fui a ver tenía una temperatura mortal de 42º C, pero me hice cargo, y debido a mi terapia con baños tibios, duchas, estimulantes, etcétera, salió del paso y después de cinco días estaba fuera de peligro.

 El caso dio mucho que hablar y me abrió la práctica a casi toda la colonia brasileña, en parte muy pudiente, distinguida y bastante numerosa. Existen muchas relaciones comerciales entre ambos países vecinos y muchos terratenientes acá son brasileños. Como había vivido en el Brasil durante dos años, mis conocimientos del idioma fueron de utilidad".

Al parecer se enfermó durante la tercera epidemia de escarlatina que padeció Montevideo en el siglo XIX, en los años 1868-1869.

Otra fuente informativa édita, sobre los Peixoto y la "Santa Cecilia", es el libro del Príncipe Louis d'Orleans-Bragance "Sous la croix-du-sud" 5ème édition, Libraire Plon, París, 1912. Los dos capítulos finales del libro refieren al Uruguay. En traducción propia, de algunas de esas páginas directamente informativas respecto de la familia (pág. 462 y ss.), dice: "Sobre un nuevo vapor Mihanovics, el Berlín, abandonamos Buenos Aires para dirigirnos, en el alto Uruguay, a la estancia de un amigo brasileño, Señor Peixoto de Abreu Lima .....

 La estancia Santa Cecilia, en la que desembarcamos al amanecer, ocupa, en lo alto de un promontorio rocoso, un sitio encantador. Rodeada de palmeras, de naranjos y eucaliptos, domina desde un lado el curso espejeante del Uruguay, mientras que por el otro se despliegan, suavemente onduladas, las praderas donde pase el ganado. Acogidos de brazos abiertos en esta riente tebaida, llevaremos durante una semana la vida generosa y sana de los grandes criadores orientales.

 Es justamente la época del año en la que, para aislar a los toros y vacas destinados a la reproducción, el estanciero debe juntar su ganado. Es un trabajo apasionante como la caza con perros. Despiertos antes del alba, a ejemplo de nuestros anfitriones, nos encontrábamos a caballo al momento en que el sol, emergiendo detrás de la cuchillas lejanas, comenzaba a dorar, del otro lado del río, la selva virgen de la Argentina. Confundidos con los peones recorrimos la pradera en todas direcciones, explorando bebederos y pasturas, haciendo apearse y andar a las bestias que se detenían, empujando delante nuestro a centenares de animales lanzados a la carrera. A veces un toro deserta del grupo, intenta escapar por la tangente. Entonces se suceden carreras enloquecidas que ningún obstáculo detiene, volteretas insensatas, cuerpos a cuerpo épicos que solo son posibles por la incomparable agilidad de nuestras cabalgaduras.

 Es un bello momento el del arribo al lugar de encuentro. De todos los rincones del horizonte se ven correr tropas mugientes que, poco a poco, se aproximan y confunden. Media hora después los cinco mil bovinos de la estancia no forman sino una masa tumultuosa y ruidosa que se desplaza lentamente bajo el látigo de los peones.

 El sitio de reencuentro es generalmente fijo, a fin de habituar a los animales a ir allí por sí mismos. Ocupa, preferentemente, la cima de una colina. Allí, en un amplio espacio circular, la tierra está desnuda. Apostado, como un general, en el sitio más alto, el capataz señala las bestias que desea aislar. Dos hombres a caballo salen de entre el montón y encierran entre sus caballos al rumiante elegido. Después, tras una señal, entran al galope en la manada, separando las familias que claman de dolor, las madres fatigadas llaman a sus novillos, se debaten, agitan desesperadamente sus cuernos y pezuñas pero son contenidas por los jinetes y sus perros que giran continuamente alrededor de la tropa. Un concierto de mugidos raucos -música grandiosa que de lejos se puede confundir con el sonido de las campanas- desgarra el gran silencio de la pradera.

 Al medio día, bajo el sol ahora ardiente, los peones bajan de sus caballos para un frugal almuerzo de arroz y carne seca, regado con mate. Hogueras se encienden por todos lados. Después retoman el trabajo, que solo cesa al ponerse el sol. Cuando volvemos a la estancia se perfilan todavía siluetas ecuestres, que parecen inmensas, contra el cinturón de brasa al rojo vivo que clausura el occidente.

 Para variar nuestros placeres, nuestros anfitriones nos llevan también, a veces, a la doma de potros. Es allí sobre todo que se revela la extraña audacia del gaucho, su extrema liviandad y su innato talento de jinete.

 Algunos peones, expertos en el difícil arte de enlazar, empiezan por capturar a la bestia que deben domar. ¡Qué cantidad de peripecias antes que el gracioso anillo del lazo encierre el cuello de un animal que se defiende! ¡Qué carreras si quiere huir! ¡Qué volteretas si se escapa! Y eso no es todo. Cuando el jinete enlaza al potro, generalmente en el primer intento, detiene bruscamente su cabalgadura y la hace dar vuelta buscando un punto de apoyo para resistir las sacudidas. ¿Pueden imaginar toda la fuerza y habilidad necesarias para mantener al caballo en esa posición a pesar de los tironeos del animal capturado? El jinete, inmóvil como una estatua, desenrrolla el lazo, lo recoge, vuelve a aflojarlo... Se diría que es un pescador en lucha con un salmón vigoroso. Fatigado, al final, el prisionero se resigna; se le ponen trabas en las patas; se lo conduce a un recinto donde, para someterlo mejor, varias veces se lo tira al piso.

 A la mañana siguiente, tras 24 horas de ayuno, comienza el entrenamiento. Se le pone una silla clásica a la que llaman recado, ajustado con una banda de cuero puesta muy atrás, y, como brida, una simple cuerda que le aprieta el labio inferior. Uno de los mejores jinetes de la estancia se monta a horcajadas del potro con gran precisión. Otros peones, sobre viejos matungos reservados para esta tarea, encierran estrechamente al potro. Una vez librado de las trabas, el animal se precipita a la carrera a saltos desordenados. A menudo, pese a su vigor y al apoyo de sus acólitos, el domador cae de la montura. Si resiste los primeros saltos y vueltas de carnero está salvado. Hostigando con la fusta y las espuelas al animal ahogado, lo lanza a la carrera a campo traviesa, siempre flanqueado por sus ayudantes, que lo detendrán si es necesario. Habitualmente la carrera termina cuando el potro, al límite de sus fuerzas, se detiene por su propia voluntad.

 Tras ocho horas de un trabajo similar la doma ha concluido. El animal, destrozado por la fatiga y el terror, queda a merced y, al fin de un mes, será el caballo más dulce y delicado de montar con el que podamos soñar.

 Sin duda, estamos lejos de Saumur y de sus príncipes. El gaucho no tiene cuidado alguno por la boca de su caballo; al contrario, la daña sistemáticamente poniéndole el más simple y duro freno de metal. Pero debe observarse que ese freno solo cumple una función intermitente. Tanto al galope, que es el paso habitual, como al paso -el trote no se practica- le dejan la dirección al caballo, abandonándose a la seguridad de sus pies y guiándolo mediante la presión de las riendas en el cuello; el freno solo sirve de castigo.

 Todo esto es diferente y pasible de crítica, pero los resultados que obtiene se corresponden al fin que se propone. En el terreno en el que están habituados, los gauchos ganarían sobre los mejores jinetes europeos; quizá fuere distinto en Inglaterra o Irlanda, donde los obstáculos podrían causarles ciertas dificultades. En el polo, cuando menos, el único deporte ultramarino que practican, se les ha visto en Hurlingham, cerca de Buenos Aires, competir de igual a igual con excelentes equipos ingleses.

 Los días de descanso disponíamos de la lancha automóvil de nuestros anfitriones para explorar los meandros del río Uruguay. Abandonado el cauce principal, nos introducíamos en algunos de los innumerables canales que, del lado argentino, penetran en el corazón de las selvas vírgenes.

 ¡Cuán lejos estábamos del Tigre y sus esplendores artificiales!..............................................

 La misma lancha nos condujo, río arriba, a Fray Bentos y Paysandú. En 1863 Fray Bentos no tenía más que una modesta capilla, rodeada por algunos ranchos. Pero un hábil especulador, el barón Liebig, tuvo la idea de establecer una fábrica en la que se fabrica el famoso extracto que lleva su nombre. El lugar estaba magníficamente elegido para facilitar el arribo del ganado por el alto Uruguay, el río Negro, su principal afluente, y el Paraná. La empresa prosperó rápidamente. Actualmente Fray Bentos es una pequeña villa, con una población de 2000 almas. Predomina el elemento cosmopolita. Fundada por un alemán, la Compañía Liebig opera bajo una marca inglesa (Liebig meat extract company). Francia y Bélgica han contribuido con fuertes accionistas. Los obreros, mayoritariamente, son vascos o escoceses, los troperos orientales, los directores y químicos alemanes."

Fue miembro, y tesorero, de la Comisión que organizó honras fúnebres al Contra-Almirante Luis Felipe Saldanha da Gama (aportó $ 50.00 en la suscripción que se hizo a tales efectos) [en el año 1895]. La misa del funeral de este Almirante se realizó en la Catedral de Montevideo, probablemente el 11 de julio de 1895

Hay copia de un anuncio fúnebre sobre Carlos Peixoto de Abreu Lima, nuestro bisabuelo, que murió en París el 3 de septiembre. Alli se mencionan a a su mujer Herminia y a sus hijos Carlos y mujer, Alfredo y mujer, Roberto, Alberto, Oscar, Eduardo, Herminia, Maria Elena y Cecilia. También se menciona a Maria Ester, seguramente nuestra tía, y a una señorita Carmen Peixoto de Abreu Lima, quizas hija de Alfredo, por entonces el único hermano casado de nuestro abuelo. Luego vienen Melchora Barreto de Sanchez, seguramente cuñada de nuestra bisabuela, monseñor Pedro Peixoto de Abreu Lima, del que se habla arriba, Alfonso Peixoto de Abreu Lima, diputado a la Asamblea Provincial de Rio, como puse en otro mensaje, casado y con hijos, la señorita Luisa Peixoto de Abreu Lima, la señorita Francisca Peixoto de Abreu Lima, señora Adelia Peixoto de Abreu Lima y sus hijos. Se me ocurre que todos ellos eran hermanos del difunto. ¿Qué habrá sido de sus descendientes? Luego aparecen José Antonio Nicolich, el Barón y la Baronesa de Nioac y sus hijos (hijo del Rocha Faria mencionado arriba que murió en 1894), el conde y la condesa de Nioac (idem) y sus hijos, Alfredo M. de Souza, su mujer e hijos, el barón y la baronesa von Ende (esta última era hermana de Rocha Faria y hermanastra de nuestro bisabuelo. Vivía en Wiesbaden. Martín Peixoto visitó la casa. Cuando nuestro abuelo y sus hermanos estudiaban en Europa iban con frecuencia a pasar las navidades allí. Carlos, nuestro abuelo, la apreciaba mucho. Tengo una foto que los muestra paseando por Wiesbaden en viaje que Carlos hizo ya adulto en los años 20. Fue la primer mujer que obtuvo en Alemania permiso para conducir globos. Su marido era nieto del fundador de la empresa Krupp. Un hijo o nieto de ésta era ministro de la embajada alemana durante el Tercer Reich, pero renunció por sus diferencias con el nacionalsocialismo y se refugió en Holanda; allí se le pierde la pista a esa rama de la familia), José Alberto Nicolich, señorita Maria Carmen Nicolich, señor Gustavo Nicolich, señorita Julia Nicolich, señorita Adelia Nicolich, y las familia Palhares, Rocha Faria, Santa Victoria.

Con fecha 31 de mayo de 1881, se publicó en Montevideo la siguiente carta impresa: "Sñr. Participamos a Ud que hemos modificado nuestro contrato de sociedad, quedando esta constituida desde la fecha con Dn. Carlos Peixoto de Abreu Lima y Dn. Augusto Morales como socios solidariamente responsables y el Sñr. Vizconde de Pereiral Marinho en calidad de comanditario. Nuestra firma social no ha sufrido alteración y de ella continuan usando indistintamente los socios responsables, como hasta ahora lo han hecho. Tenemos el gusto de suscribirnos a Ud

 Atto S.S.

 Peixoto, Morales y Cía"

De la relación entre Karl Brendel, el médico alemán que lo salvó, y Carlos da cuenta la siguiente carta manuscrita que tengo en mi poder: "Munchen 6 Trift. Str. 16.I.98 Don Carlos Peixoto, Montevideo. Muy estimado señor y amigo mío: Tanto mi primo el Sr. Dn. Ed. Fein, como mi apoderado Dn. Pedro Figari le habrán manifestado mi pedido, para que Ud, mi más íntimo amigo, se empeñe á aclarar el destino de nuestro hijo Gustavo, del cual nos falta toda clase de noticias desde 22 de Febrero p. p. de Cuyabá. Supongo que ha sido asesinado. Todo lo que usted hace para darnos noticias fidedignas merece nuestro mayor agradecimiento. Ud puede figurarse lo aflijida está toda mi familia. El Sr. Figari tiene poder general, así él podrá transferirlo a otro en caso necesario. A toda su familia mis recuerdos. Un apretón de manos de S-S-S y a CBrendel"